



www.caritas.es

SERVICIO DE NOTICIAS – 24 de mayo de 2019 – Nº 2.720

Francisco recuerda que «se puede mirar a una persona de arriba a abajo solo para ayudarla a ponerse en pie»

En la misa de apertura de la 21ª Asamblea General de Caritas Internationalis reivindica «la humildad de escuchar, el carisma de la totalidad y el valor de la renuncia»

Cáritas. 24 de mayo de 2019.- El Papa Francisco ha recordado la importancia de la escucha en la relación de ayuda, “especialmente los más pequeños y los últimos”. Aunque “en el mundo los que tienen más medios hablan más, entre nosotros esto no puede ser así, porque a Dios le encanta revelarse a través de lo pequeño y lo último. Y todos piden no mirar a nadie de arriba abajo. Es permisible mirar a una persona de arriba hacia abajo solo para ayudarla a ponerse de pie; esa es la única vez, de lo contrario no puedes”.

En su homilía durante la misa celebrada ayer por la tarde en la basílica de San Pedro, con motivo de la apertura de la XXI Asamblea General de Caritas Internationalis —concelebrada por su presidente y arzobispo de Manila, cardenal **Luis Antonio Tagle**, y numerosos obispos de varios países—, inspirada en la lectura de los Hechos de los Apóstoles (15:7) en la que se narra cómo fue la “primera gran reunión de la historia de la Iglesia”, el Papa profundizó sobre el dilema al que se enfrentaban los discípulos de Jesús cuando los gentiles comenzaron a convertirse a la fe cristiana.

Este es el texto de la homilía, en una traducción no oficial:

SANTA MISA PARA LA APERTURA DE LA XXI ASAMBLEA GENERAL DE CARITAS INTERNATIONALIS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana, Altar de la Cátedra de Pedro

Jueves 23 de mayo de 2019.

La Palabra de Dios, en la lectura de hoy de los Hechos de los Apóstoles, cuenta la primera gran reunión de la historia de la Iglesia. Una situación inesperada había ocurrido: los paganos se convirtieron a la fe. Y surge una pregunta: ¿tienen que adaptarse, como los demás, a todas las normas de la ley antigua? Fue una decisión difícil de tomar y el Señor ya no estaba presente. Uno podría preguntarse: ¿por qué Jesús no dejó una sugerencia para resolver al menos este primer "gran debate" (Hechos 15: 7)? Una pequeña indicación hubiera sido suficiente para los apóstoles, que durante años habían estado con él todos los días. ¿Por qué Jesús no siempre dio reglas claras y rápidas de resolución?

Aquí está la tentación de la eficiencia, de pensar que la Iglesia está bien si tiene todo bajo control, si vive sin conmociones, con la agenda siempre en orden, todo regulado... También es la tentación de la casuística. Pero el Señor no procede así;

de hecho, a sus seguidores no les envía una respuesta, les envía el Espíritu Santo. Y el Espíritu no viene con la agenda, viene como fuego. Jesús no quiere que la Iglesia sea un modelo perfecto, que se complace en su propia organización y es capaz de defender su buen nombre. Pobres aquellas Iglesias particulares que tanto luchan en la organización, en los planes, tratando de tener todo claro, todo distribuido. Me hace sufrir. Jesús no vivió así, sino en el camino, sin temer las conmociones de la vida. El Evangelio es nuestro programa de vida, donde hay de todo. Nos enseña que las preguntas no se responden con una receta preparada y que la fe no es una hoja de ruta, sino un "Camino" (Hechos 9: 2) para viajar juntos, siempre juntos, con un espíritu de confianza. Del relato de los Hechos aprendemos tres elementos esenciales para la Iglesia en su camino: la humildad de escuchar, el carisma de la totalidad y el valor de la renuncia.

Empecemos por el final: el coraje de la renuncia. El resultado de esa gran discusión no fue imponer algo nuevo, sino qué dejar de lo viejo. Pero esos primeros cristianos no abandonaron nada: eran importantes tradiciones religiosas y preceptos, queridos por el pueblo elegido. La identidad religiosa estaba en juego. Sin embargo, eligieron que el anuncio del Señor es lo primero y vale más que todo. Por el bien de la misión, anunciar a cualquiera, de manera transparente y creíble, que Dios es amor, incluso aquellas creencias y tradiciones humanas que son más un obstáculo que una ayuda, pueden y deben dejarse. El coraje de irse. También necesitamos redescubrir la belleza de la renuncia, sobre todo a nosotros mismos. San Pedro dice que el Señor "purifica los corazones con fe" (véase Hechos 15: 9). Dios purifica, Dios simplifica, a menudo nos hace crecer eliminando, no agregando, como haríamos nosotros. La verdadera fe nos purifica de los apegos. Para seguir al Señor hay que caminar rápido y para caminar rápido hay que aligerar, aunque cueste. Como Iglesia, no estamos llamados a establecer negocios, sino al arrebató evangélico. Y al purificarnos, al reformarnos a nosotros mismos debemos evitar el gatopardismo, es decir, pretender cambiar algo para que en realidad nada cambie. Esto sucede, por ejemplo, cuando, para tratar de mantenerse al día, en la superficie de las cosas se cambia algo, pero es solo maquillaje para parecer joven. El Señor no quiere ajustes cosméticos, quiere la conversión del corazón, que pasa a través de la renuncia. Salir de uno mismo es la reforma fundamental.

Veamos cómo llegaron allí los primeros cristianos. Llegaron al coraje de la renuncia a partir de la humildad de escuchar. Practicaron la abnegación: vemos que cada uno deja hablar al otro y está dispuesto a cambiar sus creencias. Él sabe cómo escuchar solo a aquellos que permiten que la voz del otro realmente entre en él. Y cuando crece el interés por los demás, aumenta el desinterés. Te vuelves humilde siguiendo el camino de la escucha, que te impide reafirmarte, de seguir resueltamente tus propias ideas, para buscar el consenso por todos los medios. La humildad nace cuando, en lugar de hablar, escuchamos; cuando dejas de estar en el centro. Luego crece a través de las humillaciones. Es el camino del servicio humilde, el que Jesús recorrió. Es en este camino de la caridad que el Espíritu ilumina y dirige.

Para aquellos que quieren seguir los caminos de la caridad, la humildad y la escucha significa que el oído esté dirigido a los más pequeños. Miremos nuevamente a los primeros cristianos: todos guardan silencio para escuchar a Bernabé y Pablo. Fueron los últimos en llegar, pero les permitieron informar todo lo que Dios había hecho a través de ellos (ver v. 12). Siempre es importante escuchar la voz de todos, especialmente los más pequeños y los últimos. En el mundo, los que tienen más medios hablan más, pero entre nosotros no puede ser así, porque a Dios le encanta revelarse a través de lo pequeño y lo último. Y esto nos exige no mirar a nadie de arriba abajo. Es permisible mirar a una persona de arriba hacia abajo solo para ayudarla a ponerse de pie; esa es la única vez, si no, no puedes.

Y finalmente, escuchando la vida: Pablo y Bernabé hablan de experiencias, no de ideas. La Iglesia hace ese discernimiento; no frente a la computadora, sino frente a la realidad de las personas. Las ideas son discutidas, pero las situaciones son discernidas. La gente está antes que los programas, con la mirada humilde de quien sabe buscar en otros la presencia de Dios, que no vive en la grandeza de lo que hacemos, sino en la pequeñez de los pobres que encontramos. Si no los miramos

directamente, terminamos siempre mirándonos a nosotros mismos; y para hacerlos instrumentos de nuestra reafirmación, usamos a los otros.

Desde la humildad de escuchar el coraje de la renuncia, todo pasa por el carisma del conjunto. De hecho, en la discusión de la primera Iglesia, la unidad siempre prevalece sobre las diferencias. Para cada uno de ellos, en primer lugar, no hay preferencias y estrategias propias, sino ser y sentir la Iglesia de Jesús, reunidos alrededor de Pedro, en una caridad que no crea uniformidad, sino comunión. Nadie lo sabía todo, nadie tenía la totalidad de los carismas, pero cada uno sostenía el carisma del conjunto. Es esencial, porque realmente no puedes hacer el bien sin preocuparte realmente por ti mismo. ¿Cuál fue el secreto de esos cristianos? Tenían diferentes sensibilidades y orientaciones, también había personalidades fuertes, pero había la fuerza para amarse unos a otros en el Señor. Lo vemos en Santiago, quien, en el momento de sacar conclusiones, dice algunas palabras suyas y cita mucha de la Palabra de Dios (véanse los versículos 16-18). Deja que la Palabra hable. Mientras que las voces del diablo y el mundo conducen a la división, la voz del Buen Pastor forma un rebaño. Y así, la comunidad se basa en la Palabra de Dios y permanece en su amor.

"Permanece en mi amor" (Jn 15, 9): es lo que Jesús pide en el Evangelio. ¿Y cómo se hace? Debemos estar cerca de él, el pan partido. Nos ayuda a pararnos ante el tabernáculo y ante los muchos tabernáculos vivos que son los pobres. La Eucaristía y los pobres, un tabernáculo fijo y tabernáculos móviles: allí uno permanece enamorado y la mentalidad del pan partido se absorbe. Allí se comprende el "como" del que habla Jesús: "Como el Padre me ha amado, yo también te he amado a ti" (ibid.). ¿Y cómo amó el Padre a Jesús? Dándolo todo, no reteniendo nada por sí mismo. Decimos esto en el Credo: "Dios de Dios, luz de luz"; le dio todo. Cuando, en cambio, nos abstenemos de dar, cuando en primer lugar son nuestros intereses lo que tenemos que defender, no imitamos a Dios, no somos una Iglesia libre y liberadora. Jesús pide permanecer en Él, no en nuestras ideas; para salir de la pretensión de controlar y administrar; nos pide que confiemos en los demás y nos entreguemos a los demás. Pidamos al Señor que nos libere de la eficiencia, de la mundanalidad, de la sutil tentación de adorarnos a nosotros mismos y de nuestra capacidad, de la obsesión por la organización. Pidamos la gracia de aceptar el camino indicado por la Palabra de Dios: humildad, comunión, renuncia.

Prensa Cáritas Internationalis:

Michelle Hough – hough@caritas.va - 334 2344 136

Rita Cristofari – ritacristofari@gmail.com - 331 2969 626
